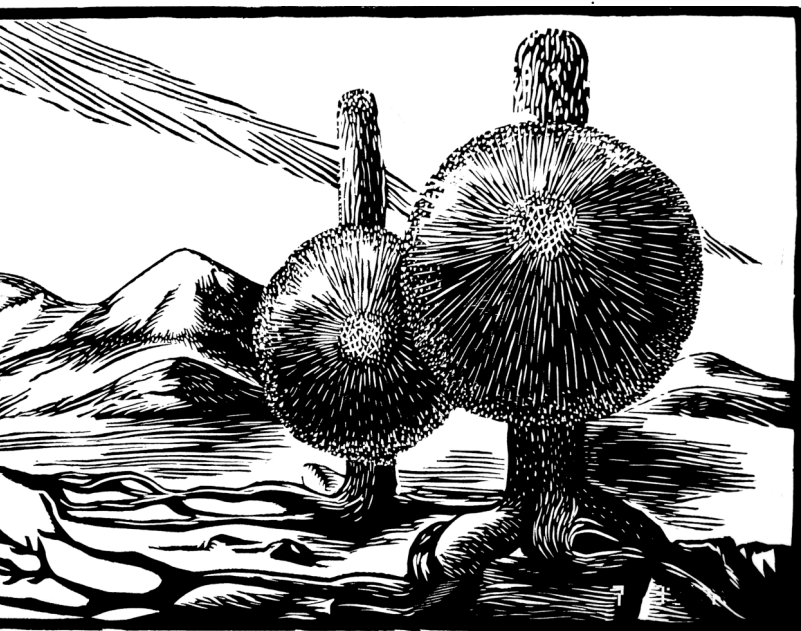


Steven Loza*

ETNOMUSICOLOGÍA

Historias verdaderas y el mito globalizado



Hoy en día todo el mundo nos habla constantemente de la globalización, y podemos ver este fenómeno por medio de dos perspectivas formales: desde la economía internacional y su mercado relativo, o mediante el pensamiento de críticos sociales y culturales. En este caso podemos leer, por ejemplo, artículos en *The Wall Street Journal*, o bien de investigadores académicos latinoamericanos como Néstor García Canclini —a quien respeto mucho—, Martín Barbero, Jorge Carbajal, así como expertos de Estados Unidos, Canadá y Europa.

¿Pero qué dice la gente, el pueblo? ¿Entiende lo que está pasando o es nada más una manada dirigida por los vaqueros capitalistas? Yo veo este proceso creciendo cada día más, y en gran parte representa algo bastante desagradable: mientras resulta común encontrar un mito global aplicado cada día por los guías de la manada, se da una total ausencia de historias verdaderas acerca de

un pueblo carente de información, el acceso analítico y el poder para enfrentarse a una maquinaria hegemónica basada en la ideología económica imperialista.

En una reciente reunión con el musicólogo José Antonio Robles Cahero y el gran pensador Carlos Monsiváis —cenamos juntos aquí, en la ciudad de México—, el escritor y periodista me dijo que 92 por ciento de las películas vistas en las salas de cine de este país son productos de Hollywood, y me parece que muchas de esas películas o bien abordan temas violentos, sexuales, de ladrones y policías, o son dibujos animados de los estudios Disney. Aparte del cine, cuando llego al aeropuerto Benito Juárez salgo en un taxi y puedo ver anuncios espectaculares sobre París

* Universidad de California Los Angeles (UCLA).



Hilton, Britney Spears, Whiskas —una marca de comida para gatos— cigarrillos Marlboro y Camel, conciertos de N'sync y otros artistas anglosajones, pero no muchos afroamericanos; también abundan automóviles de marcas como Chrysler, Ford, Chevy, Volkswagen y Nissan; en la radio del taxi se escucha música en español, pero también de un rapero gringo como Eminem. Al llegar al hotel en la Zona Rosa veo que aceptan Visa, American Express y Master Card; en el ascensor se escucha música popular en inglés, y al entrar a mi habitación en la televisión RCA pasan videos musicales, películas de artistas norteamericanos y comerciales con actores mexicanos, pero casi todos ellos rubios y de piel blanca.

¿Qué implican estas observaciones? Aun cuando en el mercado mexicano hay abundantes productos japoneses, chinos, coreanos, europeos y latinoamericanos, en su mayoría se trata de productos importados, de mercancías estadounidenses; veo más un mundo norteamericanizado que globalizado. Es en tal sentido que adquiere gran importancia lo dicho por Carlos Monsiváis en uno de sus ensayos:

Si insisto en subjetividad y en las dimensiones culturales, es por estar convencido del proceso de acercamiento del México que se ha quedado y el México que se ha ido, y también porque se han atenuado y desgastado el desprecio receloso de sus sedentarios. Como sea, la experiencia chicana, o de los norteamericanos de origen mexicano en Estados Unidos, se observa con más detenimiento no sólo porque casi no hay familias sin parientes en Estados Unidos —ahora el gringo es el otro que no vive tan lejos de mis primos—, sino por que la experiencia chicana y los mexicanos en Estados Unidos resultan un rito de pasaje en un país, que, como todos los demás países, sólo conoce para globalizarse la puerta de la americanización, y el que esté libre de anglicismos que no cante “México gringo y querido”.

Ahora bien, en Los Ángeles, donde yo vivo, también hay productos importados, en su mayoría procedentes de México y otros países latinoamericanos, aunque en este caso los productos son personas, casi todas ellas parte de una fuerza de trabajo que constituye, con los chicanos y otros latinos, más de 50 por ciento del total

de la población de mi ciudad, y 14 por ciento de la población de todo el país. También veo sus tiendas, taquerías y barrios llenos de negocios, desde restaurantes típicos y abogados especialistas en inmigración, hasta bancos. Justo cuando existe en Estados Unidos un movimiento tan fuerte contra los migrantes, especialmente los mexicanos, no deja de ser irónico que se mantenga la enorme inmigración estadounidense a México, aunque ésta sea en forma de los productos comerciales e industriales señalados antes. ¿Es tan diferente esta forma de inmigración y menos ilegal que los productos en forma de humanos indocumentados cruzando la frontera norte de México?

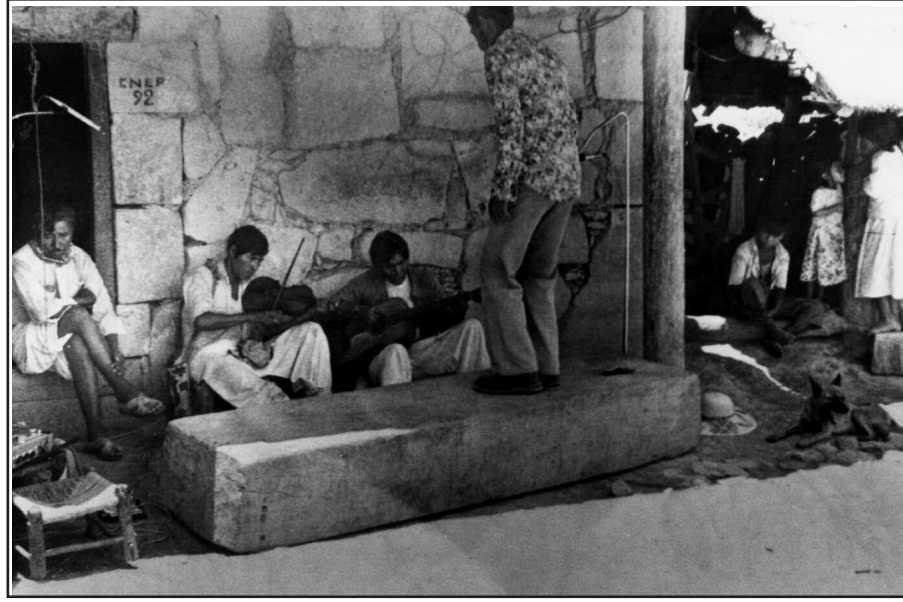
Al reflexionar sobre los programas globales fronterizos, en ocasiones resulta apropiado hacer un breve repaso histórico. Hoy en día, en Estados Unidos se mantiene un proceso colonizador mediante el envío de muchos productos a México y otros países del llamado *tercer mundo*. Sin embargo, también existe la tradición de una expansión imperialista de Estados Unidos como nación independiente, a partir de 1776 —expansión que en poco más de cien años le permitió multiplicar de modo increíble su territorio, buena parte de él robado a México en 1847—, en tanto México perdió más de la mitad de su extensión poco después de la guerra de Independencia con España.

Éstas y otras razones permiten explicar no solamente la hegemonía de un proceso de norteamericanización económica, sino también el control del mercado de productos y servicios de tipo cultural asociado con dicho fenómeno. En este sentido valdría la pena plantear una pregunta retórica: ¿por qué Britney Spears puede venir y llenar un estadio con un público mexicano, mientras Luis Miguel no puede hacer lo mismo en el estadio de cualquier ciudad norteamericana? ¿Es tan sólo un doble estándar, determinado por el hecho de que los mexicanos desean conocer una expresión musical de Estados Unidos, mientras los *gringos* no quieren escuchar música popular mexicana? ¿Hay otras razones que pueden explicar esta paradoja?

A manera de respuesta parcial, propongo tres explicaciones: 1) a diferencia de las sociedades europeas, la mayoría de la población estadounidense es monolingüe y poco abierta a la adquisición de otros idiomas; ade-

más, en muchos sectores existe un ambiente que podemos identificar como “anti-intelectual”, sobre todo entre la población conservadora. 2) Paradójicamente, existe un control etnocéntrico de la industria musical; por ejemplo, aun cuando Sony es un conglomerado japonés, es dirigido por ejecutivos de Estados Unidos y controla muchos artistas tanto en Estados Unidos como en América Latina. En este punto también cabría preguntarse si la poca difusión de la música popular mexicana se debe a una estrategia de mayor ganancia, o si dicho producto cultural no se difunde con mayor fuerza en Estados Unidos por las razones presentadas en el inciso 1). 3) Finalmente está la llamada *hispanofobia*, un término usado en los estudios sobre población chicana y latina, basado en la tesis de Américo Paredes y sus teorías del conflicto intercultural entre lo anglo-sajón y lo mexicano en Estados Unidos, y mediante el cual se reconoce una realidad social problemática, dominada por el prejuicio y racismo contra los mexicanos por muchos de la población blanca de dicho país. En apoyo a esta tesis está la abundancia de estudios fronterizos contemporáneos, así como la presencia del conflicto y sus metáforas relacionadas; por ejemplo, las patrullas racistas de grupos paramilitares, que con apoyo del gobierno y de grupos conservadores buscan mojados en la frontera de México y Arizona. La hispanofobia ha reaparecido con gran fuerza, como ocurrió en la década de 1960, incluso en la literatura académica; por ejemplo, en su libro *¿Quiénes somos? Desafíos a la cultura americana en el siglo XXI*, Samuel P. Huntington, profesor de la Universidad de Harvard, afirma:

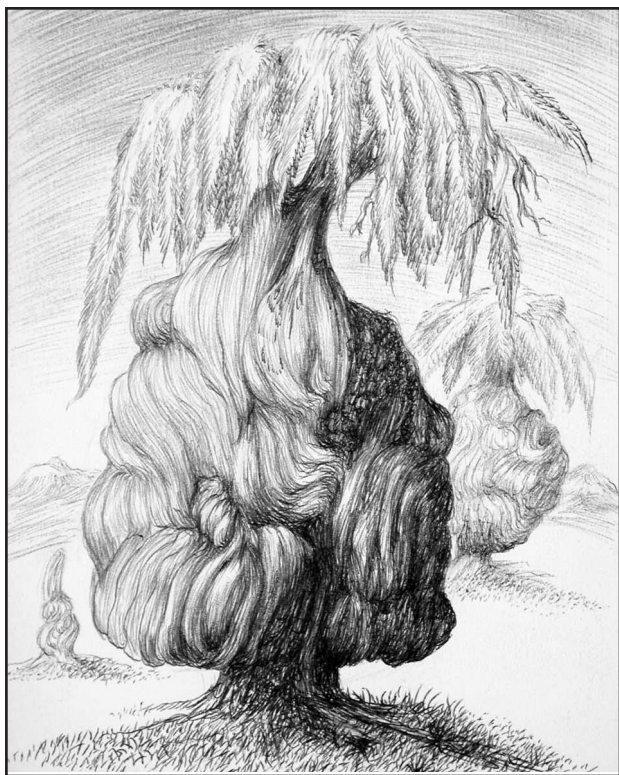
Mientras los valores de mexicanos indudablemente están evolucionando, apoyados por la expansión de protestantismo evangelista, esta revolución no va a cumplirse pronto. Durante todo esto el nivel alto de inmigración en México sostiene y refuerza valores entre chicanos y mexicanos, que son la causa principal de su bajo progreso educativo y económico y de su lenta asimilación en la sociedad americana [...]



Músicos coras ejecutando sones y bailador de tarima, 1974. Foto: Irene Vázquez Valle, Fonoteca INAH, núm. de inv. 0008.

Luego de algunas ofensas contra el pueblo mexicano, Huntington proclama que suscribir los valores *wasp* —es decir, la forma de vida postulada por la población blanca anglosajona y protestante (*white anglosaxon* protestant)— es un requisito para ser americanos; y añade que en Estados Unidos “el único sueño americano es creado por una sociedad anglosajona protestante, [los] mexico-americanos compartirán este sueño y esta sociedad solamente si sueñan en inglés”.

Con el libro de Huntington en mente escribí un ensayo en el que analizaba la música popular de los chicanos, para lo cual formé un concepto histórico teórico de lo que he visto en ese ambiente cultural desde 1950, y que permite observar tres épocas o fases de los procesos de asimilación: la reclamación cultural, un retorno a la cultura de origen, y lo que yo entiendo como rechazo social y político por parte de muchos músicos mexicanos, chicanos y latinos hacia Estados Unidos. Es por ello que ahora existen varios movimientos de mariachi, banda y norteño que expresan un regreso a la música mexicana y un rechazo a la música gringa de moda; además se presenta un movimiento de *hip hop* en español, otro fenómeno muy interesante de rechazo a los prejuicios sociales y musicales. Ya desde el nombre de algunos grupos se caracteriza este movimiento, pues reflejan sus motivos de resistencia y rechazo: Rage Against the Machine (rabia contra la



máquina), Aztlan Underground, Delinquent Habits (hábitos delictivos), Funky Aztecs (aztecas suaves), The Filty Inmigrants (los inmigrantes mugrosos), Quetzal, Otzomani, Akwid Mexiclan, entre muchos otros grupos formados en Los Ángeles, donde millones de inmigrantes, sin importar su origen racial, viven indistintamente en barrios latinos o afroamericanos.

Son estas expresiones culturales, sus viajes en el espacio y el tiempo, así como sus redes bilingües independientes, las que seguramente molestan al profesor Huntington, inmóvil en su ordenado y estéril modelo *wasp*, tan esencial para el concepto de asociación en una América saludable y asimilada. Los mismos hechos que, según Huntington, están fracturando a la sociedad americana, parecen estar uniendo la expresión musical y cultural de las comunidades chicanas y latinas. Por ejemplo, el dúo Akwid son dos hermanos que nacieron en Michoacán, pero crecieron en barrios afroamericanos y latinos del sur y el centro de Los Ángeles. Ellos hacen un género de *hip hop* que reconoce la música tradicional mexicana, pero también incluye la sátira, la poesía y el drama del hip hop, una manifestación cultural de los afroamericanos nacida en el mismo barrio donde comparten todos esos grupos, pero también se da un rico proceso de mestizaje, producto de

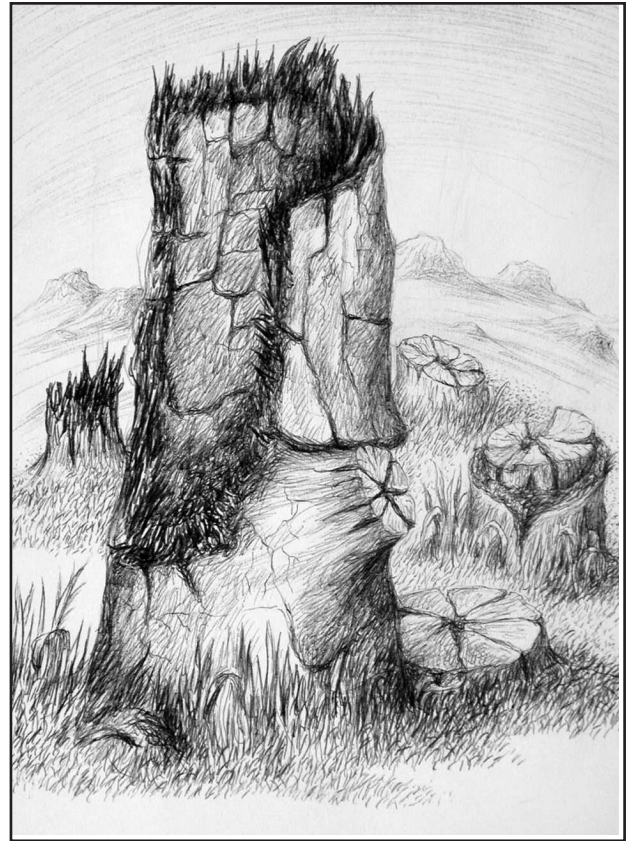
una tradición mexicana de hace 500 años. Nada más como botón de muestra, me gustaría analizar el contenido lírico de una de las piezas de Akwid, intitulada “No hay manera”:

Algo que muchos han tratado /pero ahora solo Akwid a logrado /No hay manera de que puedas parar esto /Como un corrido, Akwid a regresado con un nuevo sonido /Empezar a ser feria en manera de un rey /un juego muy avanzado para un güey /Vivo mi vida, y diario la reposo /Un par de morros con viejas pero no esposo /Y me puedes hallar en la calle cual quiere tipo /Gastando feria con mi equipo /Desde que me hice cuadro te /mis bolsas no estimo /Hasta cambie la moda en que camino /Si piensas que soy falso ponte me dé frente /Te pongo estos puños en tus dientes /Y no me juzgues a mi mundo, mi mundo es fijo /Le acabo de dar feria alas jefas de mis hijos /Y aquí estoy elegible, (aquí) pa' las mujeres /Primero cumplir con mis deberes /* Como te puedo pagar todo lo que haces por mí /Todo lo feliz que soy todo este grande amor /Como te puedo pagar todo lo que haces por mí /Todo lo feliz que soy todo este grande amor * /A pasado mucho tiempo. Mucho, mucho tiempo /Doy gracias que todo eh conquistado, no miento /Para que seguir sufriendo por alguien /Que felices solamente siendo infiel /Si, esto es solo para aquellos locos peloteros /Que saben como disfrutar de lo bueno /Chicas quieren detener me a mí /Y les duele ver me siendo tan feliz /Soy solo yo nena /Loco en billetes /La única manera de subir como cuetes /Gracias aquellas que saben tratar mi presencia como la de un general /Sí, el juego de la vida /Nunca se me olvida /Y mi estilo es puro como la bebida /Estrenar me talvez no es cuestión de insultar /Es tristeza ver té in tu final no mas! / (Coro) /pa' que mal decirte mejor eh de agradecer /y doy gracias por que tu me hiciste ver tras de cada mentira /Que te pase, despreciaste todo lo que puede ser /Desilusión para ti lo que logre, yo soy hombre y esto no parare /No té pasa el vato que conoces hoy se luce con la raza /Manera de seguir en la masa Hasta al fin estoy bien /No me paso en la esquina /Soy el mismo perro que salió de la neblina /Y aquí hacer ruido con la voz más alta /A mí me sobra lo que té falta /As lugar para mi primer vez /Sin practicar /Hacer tu mujer una buen fanática /Y ahora que dije todo /No hay comparado /El movimiento de Akwid a comenzado/ (Coro)¹

¹ La ortografía es la misma que aparece en la letra original de la canción del dueto Akwid.

De entrada, me gustaría enfatizar el hecho de que uno de los dos cantantes menciona que esta canción se aborda como un corrido; esto es importante porque se trata de una especie de clave del *hip hop*, pero también porque hablaremos del contenido, que muchas veces dicen que es problemático, aun cuando a mi me parece más bien como un drama. Esta expresión artística popular de *Akwid* muestra los conceptos señalados en términos de una reclamación de prácticas culturales del pasado hasta hoy, y lo hace a manera de un recorrido para presentar varios aspectos de una vida muy exagerada. Además, tal expresión implica —como mencionó el profesor Robles Cahero— las identidades múltiples de una sociedad mestiza como la mexicana, que sigue cambiando incluso en Los Ángeles, donde ya están adaptando elementos de sus vecinos afroamericanos para mezclarlos, por ejemplo, con música de banda sinaloense.

Por otro lado, admito que en este ejemplo también existen imágenes machistas, sexistas, eróticas, materialistas, violentas, en general vulgares; no es un producto modelo de comportamiento para nuestros hijos, pero también se debe reconocer que se trata de una expresión artística y no una lección de moral, por más que tenga mucha sátira social. Los artistas dirían que es una reflexión exagerada, quizá surrealista, del contexto en que viven y los valores contemporáneos que muchos practican; también puede señalarse que calificar si algo es malo o bueno no es una de las metas del dueto chicano al componer sus piezas, ya que se trata de una expresión —según ellos— un poco exagerada, pero de cosas que en realidad ocurren en la vida cotidiana. Además, debo admitir que estos dos jóvenes son talentosos, pues aun cuando carecen de estudios formales en música, eso no los limita para expresar diferentes ideas sociales e identidades culturales. Es decir, están haciendo —como dijera el profesor Robles Cahero acerca del son mexicano— “una guerra de sonidos” y esta guerra también es una guerra de valores culturales contemporáneos. Lo importante es que *Akwid* no practica sus actos dramáticos y letras satíricas en la vida cotidiana, sino que expresan en lo abstracto una serie de ideas observadas en la vida diaria de las calles y barrios del centro-sur de Los Ángeles.



El siguiente ejemplo nos permitirá apreciar algo de inmensa innovación contemporánea, pero que al mismo tiempo ha ocurrido en México desde el siglo XVI; como han señalado Serge Gruzinsky o el maestro Robles Cahero, la globalización no es nada nueva y el mestizaje se ha desarrollado en México desde hace siglos. Asimismo, ahora podemos observar que ésta es una de las formas más avanzadas y sucedió antes que en Estados Unidos. En *La globalización imaginada* García Canclini dice que la palabra mestizo no existe en inglés, debido a que el mestizaje, la mezcla de sangre y cultura, se ha desarrollado muy lenta y pobremente en Norteamérica. En efecto, un aspecto del subdesarrollo cultural de Estados Unidos es que no se ha dado una mezcla como en México y Sudamérica; quizá esto sea una desventaja en la interpretación, y entonces, repito, el problema consistiría en definir qué es el desarrollo, porque se puede hablar de desarrollo tecnológico y económico, pero también de desarrollo cultural, de lenguaje, de literatura y otros valores.

A continuación quiero dar un ejemplo de lo que acabo de exponer, y para ello debo hablar de Chuchumbé, un grupo de música jarocho originario de Veracruz y



Banda de música para la "Danza de arrieros", Ocoyoacac, Estado de México, febrero de 1998. Foto: Javier Romero y Norberto Rodríguez, Fonoteca INAH, núm. de inv. 0396.

que recientemente ofreció algunos conciertos en diversas localidades de California. En una de ellas, realizada en la pequeña ciudad de Santa Ana, cercana a Los Ángeles, los integrantes de Chuchumbé compartieron el escenario con dos raperos, uno afroamericano de ascendencia haitiana y otro chicano, de familia mexicana pero criado en Los Ángeles. Entonces, en ese contexto pueden verse los tres elementos que constituyen un profundo y perfecto mestizaje: Chuchumbé, las raíces culturales del joven afroamericano y del joven chicano se mezclaron para compartir la fusión de la música jarocho y el hip hop; dos formas culturales separadas históricamente por un lapso de 200 años, pero que tienen mucho en común; primero, orígenes africanos mestizos; segundo, las dos formas fueron prohibidas por sus letras y modo de bailar en el siglo XVII o XVIII; y tercero, han sido formas expresivas de protesta social o metáforas de la resistencia civil creadas por los de abajo.

A manera de conclusión quiero ofrecer tres *emes*: la marginalidad, el mestizaje y lo metafísico, porque en todos mis estudios de música siempre he notado un patrón de conexiones o procesos entre la marginalidad, el mestizaje y lo metafísico. Hemos visto la lucha social étnica constante que manifiestan músicos desde hace siglos, y aquí debo referirme de nuevo al concepto de *guerra de sonidos* del profesor Robles Cahero; a la gue-

rra de imágenes planteada por Sergueiv Gurzinsky, y a la guerra de estrategias de Antonio Gramsci, quizá quien empezó todas esas ideas con miras a la libertad de expresarse no sólo musicalmente, sino cultural y socialmente.

En estas situaciones de marginalidad vemos cómo el fenómeno de mestizaje juega un papel primordial, pues representa la manera en que podemos experimentar con elementos totalmente diversos, a veces opuestos, pero también completamente humanos, y que con el apoyo de una perspectiva multi-racial pueden mezclarse sin conflicto, de manera natural; incluso, poco antes de la Revolución de 1910 pensadores como José Vasconcelos y Aquiles Serdán ya habían señalado los beneficios del mestizaje.

Por último, no podemos dejar de mencionar el componente metafísico, que ha sido la base creativa de muchos artistas, desde Bach y Beethoven hasta Duke Ellington y Carlos Santana. Para Benedetto Croce, quien acuñó el uso del concepto en el sentido que le dan la estética o la teoría del arte, el arte puede ser definido como una intuición, y por ello las artes son el puente más directo a lo metafísico, a los espíritus o a Dios.

El título de mi presentación implica un juego de retórica, pero la retórica de la globalización es más que un juego por las expresiones musicales o el mercado hegemónico de control, y no sólo de la distribución de productos musicales y artísticos, sino de la máquina económica etnocéntrica y de promoción psicológica de productos que representa el "gran norte" donde se cree que la vida es superior y más desarrollada que en México. En gran parte, estas realidades materialistas manipulan nuestras conciencias, nuestras vidas y las expresiones artísticas que consumimos; sin embargo, tenemos dos opciones en esta lucha, en esta guerra de imágenes, de negocios, de sonidos y de ideología: podemos seguir con la manada, bajo un control industrial egoísta que no ha cuestionado las diferentes dimensiones complicadas de la cultura, y entonces perseguir el mito globalizado, o podemos perseguir unas historias verdaderas y ser testigos de ellas.